

HAY UN GRAN ÁRBOL

Hay un gran árbol, algo impone de él. Por el camino del amplio descampado no pude llegar a su tronco directamente para saludarlo, en forma espiral me fui acercando, y antes de llegar a él me detuve sorprendida por una pequeña casa entre en el pasto, sobre la tierra, hecha de palitos y lodo, mas cerca al tronco pude percibir cantos y bailes pasados, ofrecí mis respetos, hable con él y la tensión del lugar hizo que pronto me despidiera para seguir mi camino.

A manera de secreto común fui informada de los rituales que esporádicamente se llevan a cabo bajo la copa de este sagrado árbol, y que cada uno, dos o tres años solicitaba como ofrenda la vida de alguien cercano a los que allí vivíamos, o de nosotros mismos.

Cada vez que pasé al lado de este árbol me comunicaba su vida, y yo rendí reconocimiento.

Supe la historia de la niña, hija de un trabajador a la que este árbol se llevó, del padre de un alumno que murió abruptamente, del alumno que todos rindieron homenaje en su funeral, y yo me preguntó aún, ¿por qué supe yo de estas historias, por qué el sabio árbol me saludaba siempre, por qué sigo teniendo la visión de continua danza blanca a su alrededor, por qué escucho claramente el gran móvil de metal, por qué aún huelo la humedad?

Lloré la caída del muro y continuo llorando la frialdad e indiferencia de las personas en la superficialidad. El tiempo, la vida en ese momento, en un gran ritual lleno de energía, danzó salvajemente entre toronjales, pastizales y manchas de agua, con la gran lechuga blanca gritando al vuelo, dejándome en un sueño profundo aún despierta al vivir la realidad, y al compás del ritual sagrado, fantástico en el viaje de mi madre al ombligo del mundo, de manera abrupta ella golpeó contra una roca, en una nota, en un movimiento contundente..... habían pasado ya uno, dos o tres años desde la última ofrenda humana, y ese año me correspondió darle de beber al árbol sagrado mis lágrimas durante la noche más larga de mi vida.